

salido de la barra sin ser visto ni observado. Me atrevería á jurar, que estaba yo viendo el desenlace del drama horrendo que los asesinos fraguaron aquella noche, casi en mi presencia, cuando me hallaba enfermo en San Fernando. Me parece imposible que tan monstruosos crímenes queden sin castigo, y esta canalla infame pueda continuar en semejante carrera por más tiempo. No: eso no puede permitirlo el cielo.

Sin embargo de que mi curiosidad es extrema, no me he atrevido á imponerme de la carta de Regino, que te envió cerrada y se halla como el Dr. Moore la puso en mis manos. Sé que tú no habrías llevado á mal que de ella me impusiese; pero me ha detenido una reflexión poderosa. Acaso te comunicará secretos que le sean exclusivos, y no sé si gustaría de que un tercero penetrase en ellos. Esta calificación, sólo tú puedes hacerla.

No puedo evitar detenerme aquí por algún tiempo más. ¡Con qué consuelo sería yo mismo el portador de cuantas noticias te comunico en la presente, aunque no fuera más que para mitigar en algo las nuevas amarguras que naturalmente van ellas á proporcionarte!

Dios te dé el consuelo, hermano mío, que yo no puedo ofrecerte, y te conserve en su santa guarda.



CARTA XXVI

REGINO A ANTONIO

Debo á usted, incomparable y desgraciado amigo mío, una explicación de mi conducta en el hospital, para desvanecer las apariencias que me condenan. ¡Qué quiere usted! Nací bajo un signo funesto: mi vida ha sido un tejido de crímenes y desgracias: mi existencia es una lucha terrible, si no de las malas pasiones contra la virtud, al menos de las consecuencias de aquéllas contra ésta. Me creerá usted un falso amigo, un monstruo de ingratitude y de artificio, un joven incorregible é incapaz de volver al buen sendero, que no había perdido en verdad por culpa mía, sino por influjo de mi mala estrella. Puede usted sospechar todo esto; pero per-

mitame decirle desde el principio, mi bueno y adorable amigo, que no es así: que he apreciado altamente sus beneficios, que mi corazón rebosa de gratitud, que sus sanos y luminosos consejos no se han perdido y que el cielo, apiadándose de mi en su misericordia inextinguible, me abre nuevas vías de salud. Sí, Antonio mío, aún era tiempo y no debía desesperar del remedio de tantos males. Dios no ha querido condenarme á una eterna perdición. Aun hay esperanza, amigo mío, para este pobre desgraciado.

Confieso que el hospital me aterraba: mi permanencia allí hubiera sido una lenta y cruel agonía mezclada de una desesperación horrible. No, que su compañía y consuelos no fuesen para mí un tesoro inapreciable; no, que su amistad y cariño dejasen de ser otros tantos vínculos estrechos y deliciosos á la vez, que ligaban mi triste existencia á la del mejor y más virtuoso de los amigos; ni tampoco que las hechiceras palabras de aquel buen capellán, todo amor y benevolencia santa, dejasen de llenar mi perturbado espíritu de emociones tiernas y piadosos sentimientos. ¡Oh, nada de esto! Pero yo era un delincuente famoso. Por donde quiera, veía extendida una mano ominosa pronta á asirme para arrojarme al cadalso. Una voz interior me acusaba incesantemente. El espectáculo de los enfermos

multiplicaban mis tormentos y mi agonía. Los quejidos de los moribundos me aterraban; y sin embargo, si la idea dominante de ser perseguido y observado no hubiese venido á perturbarme á cada momento, con facilidad me habría resignado y juntos, amigo mío, hubiéramos esperado el triste, pero tranquilo término de una existencia tan dolorosa. ¡Qué diferencia entre su situación y la mía! Con sólo que vd. acudiese á sus recuerdos, á sus nobles y generosos sentimientos, á su inocencia y virtud, habría hallado inagotables manantiales de consuelo y de resignación. Pero para mí, cada recuerdo era un suplicio y cada sentimiento un anatema. Los sucesos posteriores me han hecho conocer el secreto de su destierro en San Lázaro, como le diré luego; pero por más reproches que se haga usted á sí mismo, por más delincuente que se considere, nunca será sino la triste víctima de una odiosa maquinación, en que todo el crimen, toda la vergüenza y todo el oprobio recaen y han debido recaer sobre aquellos entes malignos y despiadados, aquellos monstruos de maldad y de ingratitude que así pagaron sus beneficios. Mientras que yo, mi adorable amigo, además del perdurable remordimiento que pesaba sobre mi corazón; además de sentirme humillado por el cariño sin igual de un hombre virtuoso, que

debía en justicia considerarse manchado por una conexión semejante; además del horror de mis dolencias, en fin, me veía á cada instante expuesto á ser descubierto por la justicia, á que mis estupendos crímenes se publicasen y fuese á expiarlos en el patíbulo, que he merecido mil veces. Cierto, que si lo he merecido, nada más justo que morir en él, para escarmiento de malhechores y represión de los delitos contra la sociedad. Mas figúrese usted cuáles y cuán atroces habrían sido mis tormentos obligado á hacer confesiones ominosas; á publicar una negra historia de inauditos atentados; á sufrir toda aquella pausada, cruel, desgarradora y febril agonía por la cual pasan los miserables reos condenados á muerte; á marchar rodeado de esbirros y un inmenso pueblo ansioso de ver el castigo de un pirata, cuyos delitos serían ya la fábula de todos; á subir con vacilantes pasos á un cadalso en donde, en vez de excitar la compasión y simpatías del público, sólo habría recibido oprobios y maldiciones. ¡Oh! Esa idea era horrible, mi querido amigo, y capaz de volver el juicio al hombre de más serenidad y sangre fría. Yo veía en San Lázaro la espada de Damocles pendiente de un hilo sobre mi cabeza; y yo no podía estar tranquilo en San Lázaro. Yo debí hacer lo que he hecho y fugarme de una prisión que consideraba precursora del

cadalso. ¡Compadézcase usted de mí, y no me condene con ligereza!

Sin embargo de todo eso y de la tenacidad con que semejantes ideas se arraigaban en mi espíritu, la buena y generosa amistad de un amigo que jamás sabré apreciar debidamente; los dulces y saludables consejos que escuchaba de boca del digno y virtuoso capellán, habrían retardado ó modificado tal vez la ejecución de mis proyectos de fuga. Pero al descubrir la presencia de un hombre que conocía mis crímenes, al encontrarme cara á cara con aquel sepulturero que podía ser un fatal testigo contra mí, por más bueno y noble que fuese su corazón, no he sido entonces dueño de dominarme. Un insólito terror se apoderó de mí; y desde el momento en que ya no tuve duda ninguna de que nuestro amo Germán era el mismo marinero que había fascinado al capitán Frasquito en el estrecho de Cozumel, ya no hubo reflexión que me detuviese. La vista del patíbulo me perseguía por todas partes; y creo ¡Dios me lo perdone! que llegué á olvidarme de la amistad y miramientos que á usted debía. En medio de aquel desesperado conflicto, el cielo. . . sí, ¿por qué no he de atribuírselo al cielo? el cielo me deparó un salvador, un amigo que podía redimirme del suplicio.

Este amigo es nuestro amo Genaro Chiabrera. El mismo que usted conoce, bajo el nombre de "Dr. Edward Moore."

Oh, mi querido Antonio! Este hombre a pesar de los sombríos colóridos con que hice su retrato en aquellas memorias que escribí en mi cartera y entregué á usted á los pocos días de hallarme en el hospital, merece toda la estimación y respeto de las almas nobles y generosas. Es un desgraciado, víctima de su implacable destino. Es un ente excepcional que el cielo ha elegido para castigar algún crimen ignorado tal vez; y ese crimen misterioso ha debido ser enorme, de una gravedad terrible, supuesto que su castigo aquí en la tierra ha sido una prolongada serie de sacrificios del corazón y del alma. Espero que algún día se hallará en más estrecho contacto con este ser infortunado, y llorará usted cuando reciba sus revelaciones, cuando le ponga de manifiesto las heridas profundas de su corazón y cuando pueda usted leer en su espíritu toda una historia sentimental de miserias y desgracias. Esta historia quedará ignorada en el mundo tal vez; pero yo he podido comprenderla, y un oculto presentimiento me dice que también usted ha de ser iniciado en esos misterios de dolor. Llorará usted, como lloré yo, admirando y bendiciendo las vías secretas de la Providencia.

En aquellos momentos en que mi terror había llegado á su colmo con la intempestiva ausencia del sepulturero, en quien

no acertaba á ver sino un funesto testigo de mi pasada vida; cuando mi desesperación, siempre creciente, producía en mi sangre una especie de fiebre voraz y en mi cerebro un principio de delirio, he aquí que mi antiguo amigo, mi cómplice, se presenta impensadamente. Permitame usted explicarle los precedentes de este suceso.

A principios de Abril, nuestro amo Genaro Chiabrera había recibido orden perentoria de ir á Campeche á desempeñar una misión que sus extraños juramentos le hacían mirar como sagrada. Existía encerrado en el hospital de San Lázaro aquel Juan Cruyés, Cara-Cortada por sobrenombre, y cuya memoria aún debe estar impresa en su ánimo por aquellas terribles escenas, de que me hizo referencia. Cuando por una serie de imprevistos sucesos, y no por reflexión ni arrepentimiento, me separé de la funesta carrera en que me había lanzado, era todavía un alumno de la horrible confraternidad de los piratas, é ignoraba de todo punto muchos de sus más importantes secretos, entre ellos el de ese nombre de "Juan Cruyés," que con razón, amigo querido, le producía tan enérgica antipatía. "Juan Cruyés" no ha sido sino un nombre convencional y designase con él desde el año de 1628, al jefe ó caudillo de una de las varias asociaciones de piratas, que se

han formado, y desaparecido sucesivamente, para infestar estas costas y mares.

El miserable que murió en San Lázaro era el único que conocía el sitio en que estaban ocultos los cuantiosos tesoros de la sociedad. Para darle nuevo ser y vida, ó para satisfacer la insaciable codicia de los que hoy la dirigen, era preciso arrancar este secreto á Cara-Cortada, de grado ó por fuerza; y tal era la misión de nuestro amo Genaro Chiabrera.

Mi pobre amigo tenía motivos graves, y eso ya usted debe saberlo muy bien, de evitar un encuentro con Germán; y aunque bajo su disfraz y escudado de la pública profesión que había creído conveniente ejercer en Campeche, confiaba escaparse del ojo perspicaz y escudriñador del sepulturero, no pudo conseguirlo. Al salir un día del hospital de San Juan de Dios, entraba Germán. El sepulturero, se detuvo intencionalmente, observando la figura y ademanes del nuevo médico. La profunda preocupación de ese hombre alcanzó á descubrir la verdad, y reconoció al ente siniestro que, en su concepto, sólo estaba destinado para anunciarle males y calamidades. Desde ese momento, va era incompatible la presencia del doctor en Campeche con su propia seguridad. Púsose en guardia; y á los tres días, habiendo sabido la muerte de Cara-Cortada, se

apresuró á marchar de allí, antes de que un nuevo encuentro con Germán viniese á ocasionarle un compromiso. Ignoraba entonces que yo estuviese en San Lázaro, ni yo tuve noticia alguna de su presencia en Campeche.

Cara-Cortada murió sin hacer la interesante revelación que se apetecía; y de esta suerte casi quedaba destruída la famosa confraternidad de los piratas de la escuela de Cruyés. Era ya tiempo en verdad, que pereciese esta raza impía, cuyos numerosos crímenes no caben, no, en cálculo humano. Los descubrimientos que acabo de hacer y las confesiones de nuestro amo Genaro, á quien llamaré en adelante el "Dr. Moore," me han dejado sobrecogido de espanto.

Cuando yo me separé del doctor Walix, á la vuelta de mi expedición de Veracruz, mi pobre amigo determinó seguirme para evitar una desgracia y asistirme con sus consejos; pero muy pronto quedó desorientado: sus pesquisas fueron inútiles, y volvió á juntarse con Frasquito. Supo entonces que éste se había acercado á las costas de Yucatán en compañía de las dos hermanas Paulina y Clemencia, pues Carlota, la mayor, había sido cruelmente asesinada por su amante en un arrebato de celos; y supo también que el pirata se atrevió á presentarse en Mérida, asociado con aquellas prostitutas, con las cuales ha-

bia hecho un tráfico vergonzoso, hasta que al fin cayó en una red, muy diestramente preparada, un joven caballero de la ciudad, hijo de una rica é ilustre familia. El doctor escuchó el infame relato con el aparente cinismo que le caracterizaba; y no dudó de ninguna de las consecuencias que resultarían á aquel joven, víctima de una burla tan cruel como odiosa. Indignóse interiormente sin embargo, de aquella horrible y brutal acción; y aunque el hábito de ciega obediencia y respeto á Frasquito, su abnegación absoluta, sus juramentos y deseo de cumplirlos le hicieron guardar un profundo silencio, sin aplaudir ni vituperar tan salvaje é inútil crimen, desde entonces comenzó á sentir que esa vida le era ya insoportable. Por primera vez, según me ha confesado, experimentó un remordimiento, y la voz de su conciencia le hizo detenerse un tanto en el examen de su pesada vida. Y esa vida, amigo mío, aunque era una extraña mezcla de nobles pasiones é indignos crímenes, sembrada estaba de acciones loables que seguramente mantuvieron abierta, en favor de un desgraciado proscripto, la puerta eterna de las misericordias del cielo. ¡Oh, no me es dado contemplar como delincuente á este ser desventurado!

No satisfecho el capitán Frasquito del resultado que tuvo la primera misión del doctor, obligóle, á costa de cualquier pe-

ligro que pudiese sobrevenirle, á presentarse en Campeche y recoger, si era posible, cualquier papel, diario ó memoria que hubiese dejado á su muerte el capitán Cara-Cortada. Frasquito estaba resuelto á no perdonar medio ninguno para poseer el secreto, que podría ofrecerle la adquisición de un tesoro inmenso. Mi amigo obedeció y volvió á Campeche en los primeros días del mes de Junio, teniendo una embarcación segura bajo sus órdenes para cualquiera emergencia.

Rondaba por las cercanías de San Lázaro, cuando casualmente se encontró con usted al salir del pequeño reducto de San Fernando. Sin duda tendrá usted muy presente, querido amigo mío, la escena que ocurrió entonces. Una vaga idea cruzó por la mente del pobre proscripto, y se figuró que acaso sería usted aquel joven, víctima de la crueldad del infame Frasquito. Mas todavía se creyó capaz de curarle de la maligna dolencia que usted estaba sufriendo, aunque vaciló mucho sin atreverse á dar una explicación más clara. Como el doctor es un Proteo que se reviste de varias formas y representa caracteres tan diversos, en las Antillas ha aparecido como un médico insigne. Sus profundos conocimientos en todas las ciencias naturales, le han hecho ser acatado con una admiración extraordinaria; y todos, á ex-

ción de los que están iniciados en el secreto de su vida, lo conocen bajo el nombre del Dr. "Edward Moore," cosmopolita que vaga por todo el mundo sin domicilio fijo. Sin embargo, en Jamaica y en Providencia es en donde se le ha visto más frecuentemente, y en donde sus estupendas curaciones se han calificado de milagros. La tarjeta que entregó á usted aunque lleno de temores y dudas al verle tan excitado y poco dispuesto á razonar en calma, llevaba por objeto indicarle el sitio en que podría usted hallarle, si alguna vez se resolvía á dejar el hospital. Nunca se habría usted arrepentido, mi bueno y adorable amigo, de un paso semejante, si se hubiese aventurado á darlo. El doctor podía volverle la salud, como creo que me la ha vuelto á mí, si no estoy tristemente alucinado.

En la tarde misma en que se encontró con el Dr. Moore á las inmediaciones del hospital, yo estaba engolfado, si puede recordarlo, en una melancolía profunda. Pensaba en las dificultades de mi situación, combinaba los medios de una fuga y no hallaba recurso alguno para lograr mi objeto. Cuando usted hubo salido, maquinalmente me acerqué á la ventana de mi aposento para contemplar el mar, entregarme así á todos mis recuerdos y arbitrar algún nuevo recurso para evadirme. Maquinalmente dirigí la vista hacia el reduc-

to de San Fernando, y sentí en aquel instante una especie de conmoción eléctrica. Ví á usted hablando con una persona, que me parecía reconocer. Para cerciorarme mejor, acudí rápidamente al catalejos que tenía sobre la mesa. Fijé la vista por medio de él, y apenas puedo explicar á usted cuál fué mi ansiedad al observar que usted y mi antiguo amigo y camarada se hallaban entregados á un animado diálogo sobre uno de los merlones del reducto. La primera idea que me ocurrió fué que Chiabrera había venido expresamente en demanda mía, y que estaría dispuesto á sacarme del hospital de grado ó por fuerza. No quise pensar ni reflexionar más. Lancéme fuera, y corrí desalado á juntarme con mi libertador. Ya al entrar en el reducto me asaltó un nuevo temor, y fué, que sería peligroso para mi amigo y para mí mismo, echarme en sus brazos y dármele á reconocer en presencia de un testigo. ¡Perdóneme usted, amigo mío, este rasgo de importuna desconfianza! Mas ya debe figurarse la situación de mi espíritu atribulado en aquellos críticos momentos, y disculparme. Mi único pensamiento era salvarme del hospital, marchar lejos de allí y hacer que nuestro amo Germán perdiese la huella de mis pasos, para no exponerme á subir á un cadalso ignominioso. Nadie, sino yo mismo, podría comprender el estado angustioso de

mi espíritu en aquellos días; y creía firmemente que Vd. se opondría á mis proyectos. Era, pues, preciso recatarme del mejor y más virtuoso de mis amigos, aun á riesgo de aparecer en su concepto como el más pérfido y criminal de los hombres ingratos. Así, pues, resolví ocultarme á espaldas del cementerio, y esperar allí el fin de aquel diálogo que tenía tan absorbida su atención.

Había ya entrado la noche, cuando observé que el doctor se despedía de Vd. dirigiéndose hacia la ciudad. Salíle al encuentro, y no fué poca su sorpresa al reconocermé. Expliquéle rápidamente los precedentes de mi actual encierro en el hospital y le supliqué me redimiese de aquel cautiverio. Mis lágrimas, mi desesperación y angustia, le conmovieron vivamente. Ordenóme que volviese al momento al hospital para alejar toda sospecha, pues le era imposible partir de Campeche aquella misma noche; y ofreció venir á mi encuentro al siguiente día, aconsejándome algunas prudentes precauciones. Cuando Vd. me refirió la historia de su encuentro con el personaje enlutado, apenas pude escucharle: mi preocupación era tan profunda, que no debió escaparse á su perspicacia.

Como mi entrevista con el doctor había sido corta, no habíamos convenido en la hora y sitio en que nos encontraríamos

de nuevo. A la mañana siguiente, desde muy temprano, resolví ponerme en acecho y buscar yo mismo la ocasión que anhelaba; y Vd., mi bueno y generoso amigo, vino en pos mía. ¡Perdóneme Vd. otra vez! El lance de aquella mañana fué enteramente independiente de mi voluntad. Estaba yo delirando y casi frenético.

Mi excursión no produjo efecto alguno. El doctor no vino, y mi congoja subía de punto.

Por la tarde había logrado encontrarme con él; pero apenas tuvimos tiempo de darnos una cita, pues el doctor se figuró haberle visto muy cerca. En efecto, al regresar yo al hospital víle en actitud observadora.

Eso era para mí un grave contratiempo, y resolví entonces sistemáticamente no dar á Vd. ocasión ninguna de sospecha y evitar con cuidado toda apariéncia, que comprometiese mis relaciones con el doctor. En todo aquel día, bajo el más profundo disimulo acechaba los pasos de Vd. y de veras que ansiaba porque llegase el momento de verle salir á sus ordinarias excursiones y alejarse de aquellas cercanías. En efecto, cuando Vd. salió, yo leía con aparente atención. Sin embargo, observéle cautelosamente; y cuando le consideré bastante lejos, salí en demanda de mi amigo, que ya me espera-

ba en las inmediaciones del castillo de San Luis, para donde nos habíamos citado el día anterior. Nuestra plática fué larga é interesante, y allí descubrí por la vez primera las profundas heridas de aquel corazón, todo nobleza y rectitud, á pesar de las tristes apariencias que lo condenaban. Yo le referí con todos sus detalles la triste situación en que me hallaba, el vivo interés que tenía por mi amigo, bienhechor y compañero de cautiverio, mi encuentro con Germán, la muerte de "Cara-Cortada" y el paradero de sus papeles. Entonces también comprendí la clase de relaciones que mediaban entre el capitán pirata y el honradísimo sepultureiro, y las que Vd. había tenido con aquél, Como quiera, yo debía disimular este conocimiento y no pensar en otra cosa que en salir de aquel destierro. Figurábame, que toda explicación con Vd. no serviría sino para aumentar las dificultades y hacer más crítica mi posición. Quizás no habría nobleza, ni gratitud en esta conducta, amigo mío; pero por eso he pedido y pido á Vd. mil perdones. Despedíme del doctor, ya muy consolado y hecha la combinación de un plan para evadirme. Poco faltó para que Vd. nos sorprendiese, mi buen Antonio, porque en el momento mismo en que yo entraba en el hospital, ví á Vd. aparecer en las cercanías. El doctor llevaba un rumbo di-

ferente, lo que hizo que Vd. y él dejaran de encontrarse.

Para fijar definitivamente el momento de la evasión, el doctor me había prevenido que le viese sin falta alguna la noche siguiente, pues pensaba dirigirse á bordo de la embarcación que estaba á sus órdenes para verificar los últimos arreglos. Así lo ejecuté, á pesar de una terrible tempestad de lluvia y relámpagos que sobrevino. Yo sabía que el doctor iría puntualmente al lugar de la cita, pues su naturaleza férrea está acostumbrada á desafiar todos los elementos. Al observar que las gentes de la casa habían salido en busca de los enfermos á quienes hubiese sorprendido fuera la tormenta, despedíme de prisa del doctor, quedando ya designada la noche siguiente para la fuga, y convenido en que un marinero vendría á anunciarme fijamente la hora. Cuando volví al hospital me hallaba en una excitación terrible, temiendo á cada momento que algún incidente viniese á trastornar el proyecto. No pude dormir esa noche: mi cabeza era un volcán, y confieso á Vd., y debe créermelo, amigo mío, que entraba por mucho en mis tormentos y congojas el verme obligado á ocultarle mis designios y abandonarle en aquel sitio tan triste y pavoroso para mí. Varias cartas escribí á Vd. y rompí-las: poco satisfecho de su contenido. Por

fin, dentro de un libro coloqué un billete de pocas líneas, que espero habrá Vd. hallado. No podía, ni debía ser más explícito. Yo me reservaba esta oportunidad para dar á Vd. una amplia y cumplida satisfacción.

El día siguiente ha sido uno de los más borrascosos de mi vida. Es imposible que alcance á trazar todas las imágenes, sinietras unas y halagiieñas otras, que se presentaban en tropel á mi espíritu exaltado. Mis sentimientos eran una mezcla confusa é indefinible. Necesitaba de un supremo esfuerzo para no echarme en los brazos de mi adorable amigo, revelarle mis flaquezas, pedirle perdón y poner en sus manos mi suerte. Esto me era muy consolatorio, sin embargo, porque descubriría que aun no se habían secado absolutamente las fuentes de toda virtud en mi corazón. ¡Qué lucha, amigo mío, y qué amargura al considerar que todas las apariencias iban á condenarme, sin recurso, en el juicio de mi generoso, leal y virtuosísimo amigo! La suerte estaba ya arrojada y resolví llenar mi simulación hasta el fin. Yo había revelado á Vd. la historia de mi vida anterior y le eran á Vd. patentes todos los secretos de mi lacerao corazón; y yo conocía, por lo mismo, que la impresión primera que recibiría Vd. al saber mi fuga sería, en verdad, muy desfavorable. Me hallaba en-

golfado en estos pensamientos, cuando el marinero que me anunció el doctor, se asomó cautelosamente á la ventana de mi aposento para anunciarme que estuviese listo, pues de un momento á otro, el doctor que ya estaba embarcado en el buque puesto á sus órdenes, vendría en busca mía. Estaba yo hablando aún con ese hombre, cuando Vd. entró en mi aposento. No me atreví á volver los ojos para encontrarme con los de V., mi buen amigo. Estaba yo helado de pavor y sobresalto, creyendo que habría Vd. descubierto mi secreto. Desde ese instante, toda moratoria era para mí insoportable. Iba y venía: ya no pensaba: no sabía qué hacer.

En esto, ví la señal convenida.... Mi corazón estuvo á punto de salirse del pecho.... Besé maquinalmente la santa Biblia que leíamos juntos.... arrodilléme devoto ante un crucifijo é hice una extraña plegaria. Después tomé un embozo y salí á la galería. En aquel instante una nueva tempestad estaba ya encima. Sin embargo, avancé.... ví á mi amigo en la puerta..... ¡Ay Antonio mío! ¡Perdón, perdón otra vez!

Apenas recuerdo lo que sobrevino después. Sólo tengo presente, que ya muy cerrada la noche estaba embarcado con toda seguridad, á la vista y cuidado del doctor.

Aquel buque era del horrible tráfico que puede V. suponer. Algunos marineros me conocían y me recibieron como un antiguo camarada, lo que no dejó de confundirme y llenarme de vergüenza y remordimiento. Felizmente, el doctor mandaba como capitán, y ya me había revelado sus designios de separarse de la funesta sociedad en que estaba comprometido después de muchos años. Frasquito andaba por aquellas costas al mando de otra embarcación y esperaba de un momento á otro á su antiguo socio; pero éste, para librarme de algún contratiempo, mandó luego marinar hacia otro rumbo, y después de once días de una tranquila navegación echamos el ancla en Kingston. Desembarqué, y he permanecido aquí bajo la dependencia y direcciones del doctor, quien volvió en el acto á encontrarse con Frasquito. Poco satisfecho éste del único hombre cuya lealtad le había sido á toda prueba, ha colmado la medida de sus ultrajes. El doctor acaba de separarse definitivamente de esa vida funesta, para comenzar la grande obra de su reparación, después de haber redimido á aquel malvado de un tremendo conflicto en que él mismo se comprometió voluntariamente en Campeche, ostentando el fingido carácter de cónsul de Colombia, presentando en público á sus dos mancebas, y pretendiendo sin du-

da cometer un nuevo crimen tan odioso como aquel, de que Vd. fué víctima. El cielo estará ya cansado de tantas maldades, y acaso ha sonado la hora del castigo.

Cuando el doctor se despidió de mí, ofreciendo volver á mi encuentro, no era su ánimo dirigirse á Campeche todavía, como lo habíamos proyectado en favor de Vd.; y por lo mismo no llevó consigo la explicación, que en conciencia debía yo dar á Vd. de mi conducta. Sin embargo, la loca temeridad del pirata le hizo cambiar de propósito, habiéndose cerciorado del paradero de ese perverso y del compromiso en que se veía. Entonces supo algunas particularidades más acerca de Vd. é intentó hablarle y darse á conocer; pero un nuevo obstáculo vino á interponerse. Mi amigo había sido descubierto por Germán y esto era ya una gran dificultad. Tuvo que desistir de su propósito, partir de Campeche ya completamente desligado de sus compromisos, y dispuesto á emprender una nueva carrera de caridad y amor, como la siguió en los primeros años de su vida, antes que la negra adversidad le hubiese empujado al hondo y obscuro abismo, de que, gracias á la infinita misericordia del Señor, acaba de salir para siempre.

• Dos días ha estado conmigo, y parte ahora mismo á emprender una obra dig-

na de su corazón, resuelto á volver bien por mal y á ofrecerse como victima expiatoria de ajenos crímenes. Mi corazón me dice que volverá, y volverá no sólo cubierto de honor y bendiciones, sino trayéndole á Vd. á mis brazos. ¡Ay! no quiero anticiparme este gozo infinito, por temor de que algún suceso llegue á desvanecerlo fuera de tiempo. Tal vez no merezco del cielo esta felicidad. Mis crímenes han sido grandes, para no sufrir una grave expiación de ellos. Esta sería la mayor.

Como el doctor ha de dirigirse hacia aquel rumbo, me he apresurado á dar á Vd. estos breves detalles, esperando que mi carta llegará á sus manos, bien entregándosela el doctor mismo, ó enviándose-la por un conducto seguro. Obsequie Vd., amigo mío, cualquiera insinuación que le dirija. Mire bien que en ello le va la salud, ese dón inapreciable.

Y le digo esto, porque lo estoy experimentando conmigo mismo. Con sólo haber observado el régimen que me prescribió, que es sencillísimo, y usando de una ú otra ligerísima composición medicinal, estoy casi enteramente bueno. No encuentro ya en mí ninguno de aquellos horribles signos que me alteraban. Confíe Vd. ciegamente, amigo mío, en la sublime ciencia de este hombre singular, y sobre todo en la nobleza y generosidad

de su corazón. Deje Vd. á San Lázaro, Antonio mío, y venga á buscar salud y vida. ¡Ah! Eso de allí es horrible y capaz de revolver el juicio al hombre más resignado. Venga Vd. y después de curarse, consagraremos el resto de nuestra vida á las más nobles y meritorias acciones ante Dios y la sociedad.

Esta es la reparación que ofrezco por mis crímenes; y el placer de verle será la recompensa que en la tierra esperar puedo.—Adiós; de Kingston, Jamaica, 8 de Septiembre de 1824.—REGINO.

NOTA.

Al fin de la presente carta, Antonio halló escritas de cierta letra, que le era bien conocida, las siguientes líneas. "Somos 9 de Octubre de 1824.—Espero poner mañana esta carta en manos seguras para que llegue á su destino. ¡No permita el cielo que esta vez mis designios se frustren! Si el prisionero de San Lázaro se determina á dejar el hospital, procure no olvidar la presente cita. El domingo 2 de Enero de 1825, á las diez de la noche, en la playa sotavento de Lerma. Valor, fe y esperanza. ¡Dios proteja á los desgraciados!"

